

Katie Barclay, Sharon Crozier-De Rosa y Peter N. Stearns (eds.), *Sources for the History of Emotions. A Guide*, Londres y Nueva York, Routledge, 2021, 251 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.43.2023.980-983>

Desde los años ochenta del siglo pasado, la historia de las emociones ha ido consolidándose como rama de la Historia. Este campo abre nuevas oportunidades y líneas de investigación que aún están poco exploradas. El objetivo del libro reseñado es doble: por un lado, definir qué es la historia de las emociones y a qué se dedica; y, por otro, presentar y discutir qué tipo de fuentes nos podrían permitir hacer un estudio histórico de las emociones. Los editores plantean esta obra como una guía con la que empezar a trabajar en la materia, algo que puede ser de gran utilidad a quienes deseen iniciarse en la investigación histórica sobre las emociones.

El libro se estructura en tres partes: en la primera (capítulos 1-3) se plantean los principales desafíos que enfrentan los historiadores de las emociones, se traza una genealogía de este campo historiográfico y se abordan cuestiones de ética en la investigación sobre las emociones; en la segunda, que compone el grueso de la obra (capítulos 4-13), diversos autores presentan distintos tipos de fuentes que han utilizado en sus investigaciones sobre las emociones del pasado. Las fuentes religiosas, la literatura prescriptiva, las fuentes científicas, médicas y psicológicas, la documentación legal e institucional, los escritos personales, las manifestaciones artísticas o la cultura material son algunos de los tipos de fuentes que se utilizan para hacer historia de las emociones; en la última parte (capítulos 14-18) se hace referencia a temáticas actuales que se están tratando desde la historia de las emociones como, por ejemplo, la importancia de la intersección de las identidades como productora de contextos emocionales, la relación entre las tecnologías de la comunicación con el universo emocional o la relación entre las emociones y el cuerpo.

Una de las ideas fuerza que encontramos en la obra es que el estudio de las emociones en su dimensión temporal resulta imprescindible para comprender mejor los procesos de toma de decisiones y la vida cotidiana de las sociedades del pasado. En la introducción, Katie Barclay,

Sharon Crozier-De Rosa y Peter N. Stearns señalan una serie de retos que presenta la historia de las emociones, que se resumen en: (1) la dificultad de figurarse qué es lo que sentía la gente en el pasado; (2) la necesidad de tener en cuenta el hecho de que se está estudiando a sociedades distintas de la nuestra, por lo que las consideraciones sobre las emociones pueden ser muy diferentes; y (3) el problema de definir el propio concepto de «emoción». En relación con esto último, en el segundo capítulo, Thomas Dodman apunta que los historiadores de las emociones, aunque se alejen de las posiciones universalistas, rara vez se han preocupado por definir lo que son las emociones, dejándole esta tarea a filósofos, psicólogos y antropólogos. El primer debate que aparece en la historia de las emociones tiene que ver, precisamente, con la consideración de las emociones como fenómenos biológicos frente a la posición que defiende que las emociones son eminentemente constructos sociales y culturales. Esta discusión envuelve uno de los grandes problemas teóricos que enfrenta cualquier historia de las emociones, a saber: la tensión entre emoción y razón (o, lo que es lo mismo, el debate entre naturaleza y cultura). Según Dodman, habría otras dos tensiones que quitan el sueño al historiador de las emociones: por un lado, la relación entre la experiencia interior y la expresión exterior de las emociones, y, por otro, la relación entre los planos individual y colectivo. Además de los desafíos mencionados, en el tercer capítulo, Barclay aborda diversas cuestiones éticas que pueden presentarse en una investigación histórica sobre las emociones.

Una vez delimitado el campo de estudio, en el segundo bloque se presentan los tipos de fuentes que han empleado varios investigadores en sus investigaciones. Piroska Nagy, Xavier Biron-Ouellet y Anne-Gaëlle Weber se refieren a las fuentes religiosas, que consideran de especial interés porque permiten captar cómo la cultura moldea los sentimientos íntimos de las conexiones individuales con las fuerzas sobrenaturales. Ponen sobre la mesa no solo la importancia de los textos, sino también de la cultura material, que tiene una gran relevancia para comprender el mundo emocional. Al mundo material se refiere igualmente Sarah Randles (cap. 13), quien aborda dos cuestiones fundamentales: cómo afectan las emociones al mundo material y cómo la materialidad define y cambia las emociones humanas. Para Randles, el ser humano responde al mundo material de forma emocional, al tiempo que modifica y manipula esa realidad material para expresar, producir y regular las emociones.

Por su parte, Peter N. Stearns señala que la literatura prescriptiva es una de las vías más sencillas de introducirse en la historia de las

emociones, al menos de los dos últimos siglos. Este tipo de literatura ha sido empleada para analizar los patrones emocionales. Stearns advierte de las limitaciones que puede tener esta fuente, sobre todo, en cuanto a determinar si se trata de textos representativos o no. No obstante, destaca tres ventajas del uso de los materiales prescriptivos: (1) reflejan ampliamente los valores culturales; (2) pueden facilitar la comparación de una sociedad y la siguiente, además de contribuir en las comparaciones entre distintas culturas; (3) y permiten identificar los cambios en las emociones.

Otros tipos de fuentes que son consideradas de interés son las científicas, médicas y psicológicas. Rob Boddice apunta que estas aportan información esencial sobre cómo han sido definidas formalmente las pasiones, los afectos y las emociones. Este autor considera la importancia de tener en cuenta cómo son construidos estos conceptos de acuerdo con las dinámicas de poder en los procesos de producción del conocimiento.

Alecia Simmonds propone investigar las pasiones del pasado en los archivos legales, donde podemos encontrar referencias a las emociones casi en todas partes, desde los miedos y ansiedades colectivas expresadas en los códigos criminales hasta debates sobre el amor en las leyes de familia. Este tipo de fuentes, además, es una de las mejores para el análisis de las diferentes clases sociales. Simmonds indica que, cuando existe, la prensa puede complementar la documentación legal. Las fuentes institucionales, dicen Catharine Coleborne y Stearns, contienen también información para la historia de las emociones. Algunas de las instituciones que han sido trabajadas en esta línea son los orfanatos, hospitales, instituciones de salud mental, etc.

Muy diferentes de estas son los documentos personales o «narrativas del yo», esto es, todos aquellos escritos elaborados en primera persona (diarios, historias de vida, cartas, ego-documentos, etc.). Marcelo J. Borges defiende que estas narrativas constituyen una ventana a las experiencias emocionales del pasado, además de mostrar cómo, dependiendo de la propia vida y de las circunstancias históricas, los sentimientos y las emociones se manifiestan de diversas formas. Las cartas, dice Borges, son los documentos personales que, probablemente, alcancen un más amplio espectro en tanto que cubren mayores capas de población.

Los capítulos de Louise D’Arcens, Alan Maddox y Sarah Hand Meacham resaltan la importancia de fuentes como los textos de ficción, las artes performativas -partituras, coreografías, representaciones de

*performances...*- y las visuales más allá de lo estético. D’Arcens señala que el contenido emocional de los textos de ficción apela de formas diferentes al público. Al mismo tiempo, estos relatos están influidos por su propio contexto social. Para Hand Meacham, los retratos ofrecen una gran cantidad de información sobre las expresiones faciales y las relaciones sociales, ya que pueden representar ideales de maternidad, paternidad, etc.

En la última parte del libro se aborda una serie de temas emergentes en la historia de las emociones. Joseph Ben Prestel se cuestiona cómo los historiadores pueden establecer comparaciones de las emociones en diferentes sociedades y qué tipo de fuentes pueden ser útiles para ello. Por su parte, Barclay y Crozier-De Rosa defienden la importancia de tener en cuenta la intersección de las identidades, ya que las distintas opresiones actuando conjuntamente producen contextos emocionalmente particulares. En otras palabras, las diferentes categorías de identidad pueden afectar la forma en que las personas experimentan, comprenden y expresan sus emociones. Crozier-De Rosa habla también de las «emociones de protesta» y apunta que los movimientos políticos están impregnados de un amplio abanico de estados emocionales. Cuando el historiador trata de reconstruir la historia de las emociones políticas, se encuentra con diversos tipos de fuentes que pueden servirle: periódicos, eslóganes, murales, canciones, etc. Otro tema explorado, en este caso por Susan J. Matt y Luke Fernández, es el de la relación entre tecnología y emociones. Se plantea cómo las nuevas tecnologías de la comunicación han creado nuevas experiencias emocionales para los individuos y los grupos. Por último, Mark Neuendorf trata la intersección de las emociones y el cuerpo a través del marco teórico propuesto por Monique Scheer para el estudio de las prácticas emocionales. Neuendorf señala que cualquier fuente que se refiera al cuerpo puede darnos luz sobre las normas y hábitos sentimentales.

NIRA SANTANA MONTAÑEZ

<https://orcid.org/0000-0001-8344-3891>

Instituto de Análisis y Aplicaciones Textuales, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

[nira.santana@ulpgc.es](mailto:nira.santana@ulpgc.es)